

REVISTA ESPAÑOLA DE DEFENSA



100 AÑOS de aviación militar española



**10 AÑOS
SIN MILI**

Una década de
ejército profesional

**ENTREVISTA
CON EL SEGENPOL**

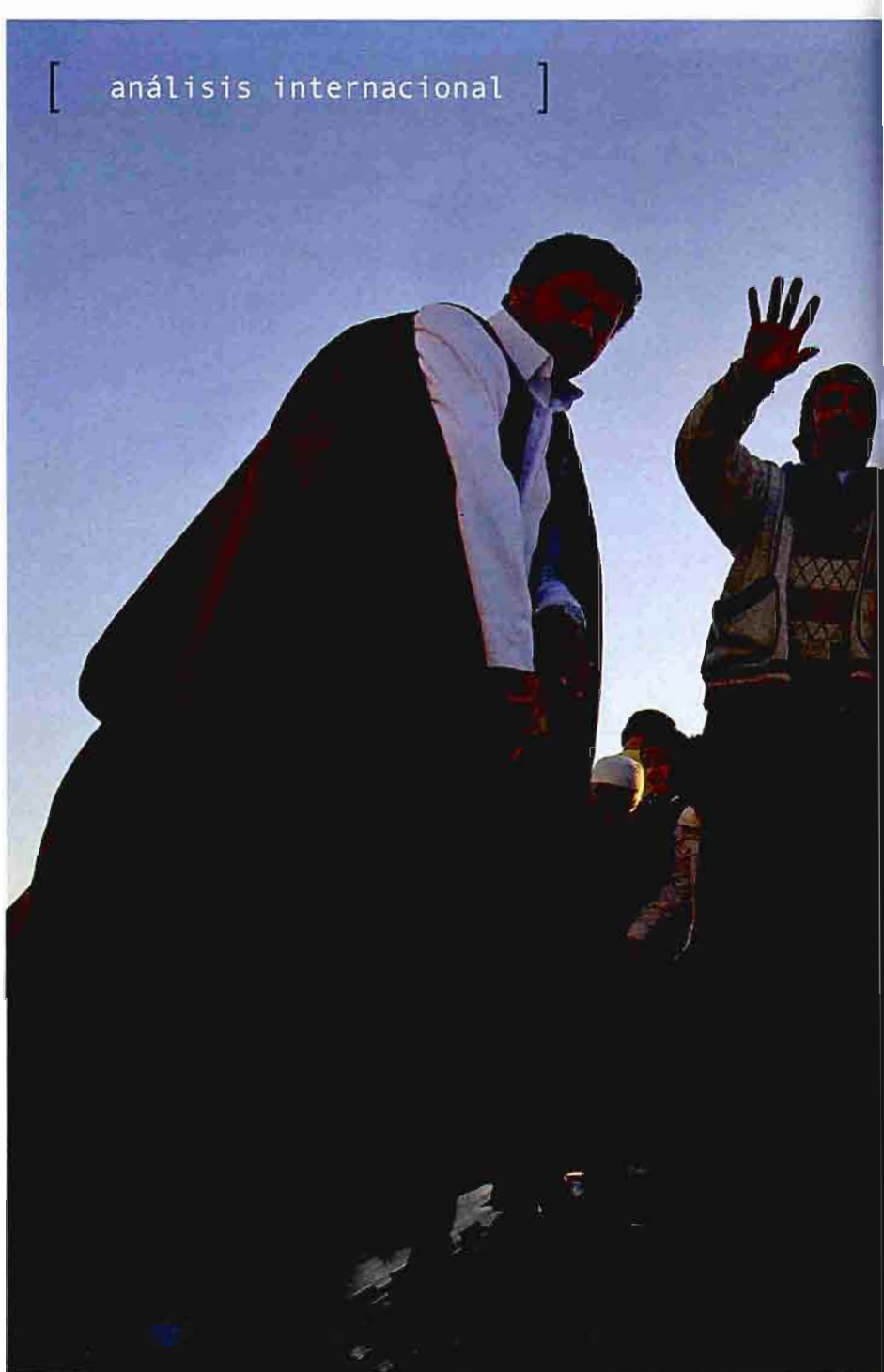
Mejoras en el
convenio con EE.UU.

**ESPAÑA EN
ATALANTA**

Más medios contra
la piratería

A comienzos de 2011, la historia, entendida como el progreso de la humanidad hacia mayores cotas de libertad y justicia, se puso súbitamente a galopar en el mundo árabe, ese conjunto de pueblos con una fuerte identidad común que se extiende desde el Atlántico al Golfo Pérsico. Todo comenzó con el suicidio a lo bonzo, el 17 de diciembre de 2010, de un universitario tunecino llamado Mohamed Buazizi, que protestaba de modo tan dramático por el hecho de que la policía le hubiera arrebatado el carrito de frutas y verduras con el que intentaba ganarse la vida. La chispa de esta inmolación prendió de inmediato en un secarral de despotismo, corrupción y desigualdad social común a la mayoría de los países árabes. En menos de un mes, la revolución popular ya había derrocado al presidente tunecino Ben Ali. Saltó de inmediato a Egipto y, en menos de tres semanas, terminó con el presidente Mubarak. A finales de febrero, era el brutal y estrafalario caudillo libio Gadafi el que luchaba a sangre y fuego por mantenerse en el poder. Entretanto, Marruecos, Argelia, Jordania, Yemen, Bahrein y otros países registraban intensas manifestaciones ciudadanas a favor del cambio.

Estos acontecimientos fueron considerados muy pronto como los de mayor calado geopolítico mundial desde la caída del muro de Berlín y el derrumbamiento del imperio soviético en 1989. No sólo estaban transformando una región habitada por más de 200 millones de personas, fronteriza con Europa y de la que ésta obtiene buena parte de sus recursos energéticos. También estaban destruyendo una anquilosada visión de occidente sobre esa zona y sus habitantes. Desde numerosos sectores de la opinión pública europea y estadounidense surgieron voces exigiendo un cambio radical del tipo de relaciones sostenidas hasta entonces con el mundo árabe. Criticaban el vergonzoso apoyo ofrecido hasta entonces a las autocracias del norte de África y Oriente Próximo, e instaban a un urgente y decidido compromiso con las fuerzas reformistas democráticas que emergían en toda esa zona. Aún no había terminado el mes de febrero y ya un político europeo, la ministra de Exteriores francesa Michelle Alliot-Marie, pagaba con su cese la excesiva complacencia con alguno de los dictadores cla-



Conceptos como democracia pr
de liderazgo, cauces políticos para
política occidental están car

Los siete p REVOLUCI

Jóvenes libios muestran su triunfo sobre las fuerzas de Gadafi el pasado 28 de febrero en la ciudad de Bengasa.



Fuente: Reuters/EFE

gmatría, juventud con capacidad
el Islam o el cuestionamiento a la
acterizando la ola de cambios

ilares de la ÓN ÁRABE

Javier Valenzuela (*)

morosamente puestos en cuestión por sus propios pueblos. «No hay ninguna razón, excepto nuestra pereza e ignorancia, para llamarlos inescrutables o dejarlos sin comprender», escribió, aludiendo a los árabes, el aventurero británico T. E. Lawrence en su libro *Los siete pilares de la sabiduría*. Siguiendo a Lawrence, podríamos sintetizar en siete los elementos básicos de esta aceleración de la historia.

■ ES UNA REVOLUCIÓN

La carestía o la subida del precio de tal o cual bien básico, una impopular medida gubernamental o una controvertida decisión judicial pueden suscitar «protestas» en cualquier parte del mundo. Así había sucedido también en el pasado en algunos países árabes. Ahora bien, cuando estas «protestas» no se detienen ni con la represión, por feroz que sea, ni tan siquiera con ninguna concesión del poder, cuando, por el contrario, exigen la caída inmediata del régimen gobernante y su sustitución por un nuevo orden político, tenemos que hablar de «revolución».

Demasiado obsesionados por el papel de los bolcheviques de Lenin en 1917, no faltaron quienes, ante los movimientos populares en Túnez, Egipto y Libia, se preguntaran si es posible hablar de «revolución» sin que haya un partido y un dirigente que la lideren. El francés Edwy Plenel, en *Mediapart*, dio el 2 de febrero una excelente respuesta a este interrogante: «Una verdadera revolución no es el golpe de fuerza de alguna autoproclamada vanguardia: se desarrolla y se inventa al modo de una apuesta pascaliana, sin otra garantía que la esperanza».

En efecto, más que con organizaciones o personalidades, una revolución tiene que ver con ideas, es la encarnación de determinadas ideas en un movimiento popular incontenible. Los franceses saben de esto: su república es la biznieta de la revolución de 1789 y de sus ideas de libertad, fraternidad e igualdad. Por eso el arabista Henry Laurens, en *Le Nouvel Observateur* del 3 de febrero, recordó: «Las revoluciones crean sus propios cuadros, los que destruyeron la Bastilla ignoraban que estaban desencadenando la Revolución Francesa». Y el filósofo Glucksmann, en *El País* del 8 de febrero, acogió los sucesos de Túnez y Egipto con la «simpatía» rayana en «el entusiasmo» con que Kant acogió la Revolución Francesa.

■ ES UNA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA

Los cientos de miles de manifestantes que se jugaron la vida contra Ben Ali y Mubarak, al igual que los que luego se enfrentaron a Gadafi, dejaron claro desde el primer minuto que luchaban por la libertad, la dignidad y la justicia, por la sustitución en sus respectivos países de la autocracia por la democracia. «Las revueltas de Túnez y Egipto beben de la Revolución Francesa y no de la iraní», afirmó Rosa Meneses en su análisis de *El Mundo* del 7 de febrero. «Estas sociedades», añadió, «han demostrado estar más cerca de nosotros de lo que pensábamos». Sólo desde una visión cercana al racismo podía acogerse con extrañeza el hecho de que los manifestantes norteafricanos compartieran nuestros mismos anhelos, se sumaran combativamente a la gran corriente histórica surgida del *Siglo de las Luces* y expresada por Thomas Jefferson al redactar la *Declaración de Independencia* de Estados Unidos: todos los seres humanos nacen iguales y con los mismos e inalienables derechos, entre ellos «la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad».

Tunecinos, egipcios, libios, argelinos, marroquíes y otros árabes daban una clase magistral a un occidente democrático que parecía haberse olvidado de que sus principios y valores fundacionales son universales. Una inmensa lección de claridad de ideas, valentía y tenacidad que el mundo contempló en vivo y en directo durante las casi tres semanas que duró la pacífica concentración de egipcios en la plaza cairota de Tahrir. Allí hubo hombres y mujeres, cristianos y musulmanes, jóvenes y maduros, creyentes y agnósticos, liberales y socialdemócratas, unidos por un deseo: que el régimen autocrático de Mubarak cediera el paso a la democracia en el Valle del Nilo.

Una revolución, por supuesto, puede fracasar. Incluso en el caso de triunfar puede orientarse en uno y otro sentido no sólo en función de las circunstancias internas sino también de las fuerzas externas. En ese sentido, numerosos análisis, como Roger Cohen en el *International Herald Tribune* del 8 de febrero, instaban a Estados Unidos y la Unión Europea a adoptar una actitud decidida a favor del cambio democrático en el mundo árabe, como la que adoptaron hace veinte años con ocasión del colapso del imperio sovié-



tico. Semejante actitud, señalaban, podía ser decisiva a la hora de inclinar definitivamente la balanza en el sentido democrático deseado por los manifestantes.

■ LA JUVENTUD ES EL ACTUAL MOTOR DE LA HISTORIA

Para una revolución, decían los clásicos, son precisas condiciones objetivas y subjetivas. Éstas se daban a comienzos de 2011 en el mundo árabe. La principal: entre la mitad y las dos terceras partes de los habitantes de los países árabes tienen menos de 30 años. Es la consecuencia de una explosión demográfica que ha llegado a esta región con algunas décadas de retraso respecto a Estados Unidos y Europa. En buena parte, estos jóvenes ya viven en ciudades y tienen estudios primarios, secundarios y hasta universitarios. Es una savia nueva que está harta de apreturas vitales y tiene los instrumentos tecnológicos necesarios (televisión por satélite,

teléfonos móviles e Internet) para saber cómo se vive en los países del norte, para romper el aislamiento individual y comunicarse entre sí, para compartir masivamente objetivos a través de redes sociales como Facebook y Twitter, y organizarse en el momento de salir a la calle.

Cuando estallaron las revueltas, la juventud del mundo árabe contrastaba espectacularmente con la avanzada edad, y aún más con la larga permanencia en el poder, de autócratas como Ben Ali, Mubarak, Gadafi o Buteflika. Es muy relevante que las consignas de los jóvenes que tomaron la iniciativa a partir de las redes sociales no fueran las habituales en el mundo árabe en las últimas décadas: contra el imperialismo occidental e Israel. Esos temas ni aparecían en sus convocatorias. Los nuevos lemas expresaban la negativa de la juventud urbana árabe a vivir en el falso dilema entre autocracia y teocracia en el que querían encerrarlos sus



Stringer/EEF

Manifestantes egipcios estrechan la mano de un soldado en la plaza Tahrir el pasado 11 de febrero durante las celebraciones tras la renuncia del presidente Hosni Mubarak.

ayatolás y la Arabia Saudí wahabista han probado ser ejemplos demasiado atractivos para los pueblos árabes. Le pasó lo mismo a la Unión Soviética a partir de un determinado momento: dejó de ser vista como una alternativa prometedora por la mayoría de los trabajadores del mundo.

Los acontecimientos de 2011 tienen poco que ver con Teherán-1979 y mucho con Berlín-1989. Ésta no es la revolución de los islamistas. En Túnez y Egipto han seguido a la ciberjuventud por odio a esos autócratas que, con la complacencia de occidente, tanto les habían machacado, y aspirando a tener un lugar al sol en futuros Estados de derecho. Pero sus dirigentes, como el tunecino Ganuchi, han reiterado que su modelo no es el Irán teocrático jomeinista, sino la Turquía democrática que aspira a insertarse en la Unión Europea y que hoy es gobernada por un partido islamista moderado como el AKP de Erdogan. Más claro, agua.

¿Debía el miedo a los islamistas condicionar la actitud occidental? En *La Vanguardia* del 7 de febrero, Xavier Antich tildó de «colonialista» la visión que pretende negar a los árabes la posibilidad de acceder a la democracia sólo porque cabe la posibilidad de que los islamistas ganen las elecciones. Tal vez haya llegado el momento de que Occidente asuma sin mayores angustias la posibilidad de que, en algunos países árabes, partidos islamistas contrarios a la violencia y respetuosos del marco democrático obtengan buenos resultados electorales. Lo explicaba así Plenel en *Mediapart*: «¿Por qué, en la transición democrática del mundo árabe, no puede haber un lugar para familias políticas que se reclaman de la religión dominante, tal como fue el caso, y sigue

siéndolo, de los demócratas cristianos en Europa?». Y continuaba: «A comienzos de los años 1980, ¿había que desear la represión del sindicato *Solidaridad* en Polonia porque grandes ce-

remonias católicas se celebraban bajo su égida en los astilleros de Gdansk? ¿Había que desear el mantenimiento del dominio soviético sobre Europa del Este porque su hundimiento amenazaba con liberar fuerzas conservadoras, reaccionarias o religiosas, como así ocurrió?»

Una nota a pie de página sobre los yihadistas: como escribió el islamólogo

regímenes, con la penosa complicidad de los poderes occidentales. En plena crisis económica, volvían a situar en el primer plano de la política internacional la lucha contra las dictaduras y por la democracia. Algo que no ocurría a tal escala desde 1989. La ciberjuventud es hoy la vanguardia de los profesionales y las clases medias del mundo árabe, por pequeños que aún sean estos sectores en relación a Occidente, y no se alimenta en absoluto de las viejas utopías autoritarias nacionalistas o islamistas.

■ POSIBLE DECLIVE DEL ISLAMISMO POLÍTICO

La vida es móvil y los análisis deben ser actualizados constantemente. El islamismo político parece estar en reflujó en el mundo árabe; la marea teocrática iniciada en los setenta y ochenta del pasado

siglo con la revolución iraní de Jomeini y el asesinato del presidente egipcio Sadat va perdiendo vigor. Aún está ahí, sin duda, pero ya no es la única alternativa a la autocracia con predicamento entre las masas árabes. En muchos casos ni tan siquiera es la primera.

La ciberjuventud no se alimenta de las viejas utopías autoritarias nacionalistas o islamistas

Si el islamismo político subió en los ochenta y noventa del pasado siglo fue porque, tras el derrumbe del panarabismo laico e izquierdista de Nasser en la *Guerra de los Seis Días*, se convirtió en muchos países árabes en la única alternativa ideológica y organizativa a las autocracias locales y al doble rasero occidental. Pero el tiempo ha ido pasando y el Irán de los



Ciudadanos egipcios que huyen de Libia hacen cola para subir a un autobús en el paso fronterizo con Túnez de Ras el Jedir.

Olivier Roy en *El País* del 5 de febrero, es francamente significativo que ahora actúen desde el Sahel, esto es, desde las zonas más desérticas, menos pobladas, más inhóspitas del norte de África. ¿No prueba ello que no son demasiado bien acogidos en las ciudades? Que los desiertos y los Estados fallidos sean los últimos refugios de los yihadistas nos da una magnífica pista a los demócratas sobre cómo proseguir el combate.

■ LA CADUCIDAD DE LA REALPOLITIK EUROPEA

El estallido de la revolución árabe fue acogido con sorpresa y hasta temor por determinados sectores del *establishment* occidental: los halcones de Israel, los partidarios europeos de una *realpolitik* caduca y los sofistas de la geoestrategia. Estos sentimientos se transformaron luego en la expresión de un escepticismo justificador de la pasividad a la hora de apoyar a los demócratas.

Solo el presidente estadounidense Barak Obama, con titubeos y contradic-

ciones, sorteando incluso zancadillas de su propia Administración, pareció comprender desde el primer momento lo que ocurría en el mundo árabe e intentó situarse en el lado correcto de la historia.

En general, la política oficial europea hacia los países norteafricanos de los últimos lustros ha hecho la vista gorda ante las violaciones de los derechos humanos y las corrupciones de los regímenes con tal de que garantizaran el

ritarismo y la cleptocracia, no hacían sino incrementar la frustración de sus pueblos, alimentando tanto las pulsiones migratorias como el extremismo político. En el arranque de 2011, el mantenimiento de esa política revelaba una pereza intelectual muy peligrosa en un mundo que ha constatado ser tan rápidamente cambiante.

La diplomacia europea no había hecho los deberes, no se había enterado aún de que el principal protagonista del mundo árabe ya no eran los islamistas, sino los jóvenes, esos más de cien millones de jóvenes que han ido construyendo un nuevo panarabismo, en el que la

televisión e Internet ocupan el lugar de *Radio El Cairo* en tiempos de Nasser, y en el que las ideas de libertad, dignidad y justicia reemplazan a las banderas socialistas y anti-imperialistas reinante en el nasserismo.

Un apunte adicional: en Túnez y Egipto las Fuerzas Armadas han actuado como decisivo factor de progreso. Se han negado a disparar contra

En Túnez y Egipto las Fuerzas Armadas han actuado como decisivo factor de progreso

suministro de gas y petróleo —los que lo tienen como Libia y Argelia—, controlaran los flujos migratorios y machacaran a los islamistas.

Semejante *realpolitik* no sólo era un crimen, el de su flagrante contradicción con los principios y valores de la Europa contemporánea, sino también un error: el inmovilismo de los regímenes norteafricanos, su enroque en el auto-

sus pueblos, han forzado la salida de los dictadores y han prometido ser garantes de la transición a la democracia. No debiera ser tan sorprendente: las Fuerzas Armadas, con su Revolución de los Claveles de abril de 1974, ya fueron decisivas en el alumbramiento del Portugal democrático.

■ SE DERRUMBAN PREJUICIOS IDEOLÓGICOS

Esta revolución arrambla con muchos estereotipos occidentales, como ese que afirma que lo árabe y lo musulmán son intrínseca y fatalmente incompatibles con la democracia. Resulta asombroso que algunos europeos que se dicen ilustrados compartan con el mismísimo Bin Laden el dogma de esa incompatibilidad. Una estupidez semejante aseguraba que la democracia nunca arraigaría en países católicos y latinos como España, Portugal, Chile o Argentina.

■ SÓLO LA DEMOCRACIA GARANTIZA LA ESTABILIDAD Y LA SEGURIDAD

Que Túnez, Egipto y los demás países árabes del norte de África y Oriente Próximo terminen convirtiéndose en democracias sería un hecho venturoso no solo para la libertad, sino también para la estabilidad y la seguridad en toda la cuenca mediterránea. Como ha probado ostensiblemente la triste experiencia final de los Ben Ali, Mubarak y Muhamar el Gadafi, los déspotas no garantizan ni una ni otra cosa, son pan para hoy y hambre para mañana.

Los autócratas son bomberos pirómanos en relación al islamismo político. En los últimos lustros, su autoritarismo y su corrupción han sido los grandes argumentos de los propagandistas de los partidos de Dios. Su incapacidad para

ofrecer nada a la juventud era lo que la convertía en una cantera de reclutamiento potencial para los «barbudos». Y lo mismo puede decirse respecto a la inmigración. Europa apoyaba a estos regímenes para que pusieran barreras que impidieran o dificultaran la travesía

en los combates contra el terrorismo y la delincuencia organizada, a la hora de hacer frente a las catástrofes naturales. En consecuencia, Europa debe hacer un auténtico giro copernicano en su estrategia para la cuenca mediterránea, debe apostar sin ambages por la democracia.

Para empezar, hay que dar la voz y la palabra, el principal protagonismo, a los reformistas y demócratas del Magreb, el valle del Nilo y Oriente Próximo. Hay que comprometerse a calzón quitado con las transiciones democráticas en los países que ya las han iniciado y hay que ponerse al lado de los combatientes por la libertad en los restantes. En cuanto al marco de las relaciones con los países del sur y el este del Mediterráneo en este siglo XXI, la fórmula no es tan complicada: de ahora en adelante, cualquier ayuda, cualquier acuerdo, cualquier negocio con esos países tiene que estar intrínsecamente vinculada a progresos reales en el camino hacia la democracia, los derechos humanos, la igualdad de la mujer y la corrección de las desigualdades sociales.

Como en Estados Unidos en 1776, en Francia en 1789, en Berlín en 1989, los árabes se han alzado para reivindicar su condición de ciudadanos. Rechazan esa mirada que quiere verlos como una masa amorfa y marcada fatalmente por la religión. Desean que su dignidad de individuos que deciden democráticamente las reglas de juego comunes y el nombre de sus gobernantes

sea reconocida por sus propios Estados y también por la comunidad internacional. Y van muy de prisa: los europeos no deberíamos tardar mucho en comprenderles y adoptar una nueva política.

(*) Periodista y escritor. Trabaja en el diario *El País*, del que ha sido corresponsal en Beirut, Rabat, París y Washington.

Su último libro publicado, «*De Tánger al Nilo. Crónica del norte de África*».



Un engalonado Gadafi durante la conmemoración en septiembre de 2010 del 41 aniversario de su llegada al poder.

clandestina del Mediterráneo. Pero era su incapacidad para generar riqueza suficiente y, sobre todo, para distribuirla con un mínimo de equidad, lo que constituía una fuente permanente de creación de candidatos a la inmigración. Si hay una lección primordial a sacar del período transcurrido desde 1945, ésta es que no hay guerras entre democracias. Aún más, las democracias se ayudan entre sí frente a las crisis económicas,